

Psicología social del lenguaje I: Presupuestos básicos

Amalio Blanco Abarca

Universidad Autónoma de Madrid

S

Siendo la actividad lingüística la que, por excelencia, nos diferencia del resto del mundo animal, siendo ésta la actividad más típicamente humana, no es de extrañar que haya sido objeto de estudio e investigación por una buena parte de disciplinas científicas. Lingüística, Filosofía del Lenguaje, Antropología Social, Sociolingüística, Psicolingüística (1), amén de la Semántica, Filología, Patología del lenguaje, etc., se han ocupado muy directamente de las manifestaciones lingüísticas del individuo. Muy posiblemente no exista otra actividad humana que haya sido objeto de tanta atención, cuidado, explicación y teorización como el lenguaje, y es que, no en vano, la actividad lingüística es la base de la existencia de realidades, mundos y grupos sociales.

Es nuestro propósito dar una visión muy somera del trato que ha tenido el lenguaje en la Psicología, de las perspectivas más importantes que lo han abordado, para proponer seguidamente su conceptualización desde una perspectiva esencialmente conductual, o, por mejor decir, socio-comportamental, considerándolo como la conducta social por excelencia y desarrollar, por último, unos criterios para su análisis y estudio desde una perspectiva psicosocial.

Las relaciones entre Lingüística y Psicología permanecen prácticamente inéditas hasta 1957. Hasta entonces ambas disciplinas se habían ignorado en el desarrollo de sus respectivas teorías y ni siquiera habían confluído en aquellos campos en que hubiera sido imprescindible ha-

cerlo: los relacionados con las manifestaciones lingüísticas. La aparición de «Verbal Behaviour» (Skinner 1957), de «Syntactic Structures» (Chomsky 1957), «Words and Things» (Brown 1958) y, finalmente, de «Aspects of the Theory of Syntax» (Chomsky 1965), supone, de algún modo, un cambio de orientación, a la vez que de confluencia, en el tratamiento que ambas disciplinas dan al lenguaje.

Pese a todo la Lingüística no se ha ocupado excesivamente del lenguaje en lo que éste tiene de expresión simbólica. La Psicología, por su parte, raramente lo ha considerado en su vertiente conductual y cuando lo ha hecho, le ha atribuido un estatus y una categoría dependiente, de segundo rango.

El estudio del lenguaje en la Psicología ha derivado, generalmente, en tres grandes vertientes: la conductista, la psicosocial y la psicolingüista.

La perspectiva conductista tiene, desde el punto de vista cronológico, tres grandes representantes: Johnson 1944, Skinner 1957 (2) y Salzinger 1959, 1967.

Los fenómenos y manifestaciones de orden lingüístico son consideradas «como una conducta reforzada por mediación de otra persona» (Skinner 1957, p. 20), como una variable dependiente de una serie de estímulos incondicionados y de unas contingencias de refuerzo.

La conducta verbal queda reducida, según esta con-

cepción al vocabulario (Johnson 1944), a su probabilidad de emisión (Skinner 1957), en dependencia de la suma, del número, del catálogo y de la calidad de las contingencias de refuerzo (Salzinger 1959).

El concepto central del análisis funcional de la conducta lingüística por parte del conductismo es la «response strength», considerada por Skinner «como la variable dependiente básica en el análisis funcional de la conducta» y definida seguidamente como «la probabilidad de emisión verbal» (Skinner 1957, p. 22), lo que en anteriores estudios vemos bajo la denominación de vocabulario (Powers 1929, Johnson 1944), o la capacidad y habilidad lingüística (Adams y Powers 1929).

Bajo el epígrafe de «response strength» como elemento básico en el estudio del lenguaje por parte del conductismo, introduce Skinner la energía, entonación y velocidad de la respuesta propiamente dicha, así como el tamaño, dimensión y longitud de las palabras utilizadas, elementos estos que, desde nuestra perspectiva, poseen unas características más fonéticas y gramaticales que comportamentales, o, al menos, el aspecto comportamental de las manifestaciones lingüísticas no debe quedar reducido a estas características, si bien ellas forman también parte del todo conductual.

Realmente la «response strength» sólo adquiere significación y relevancia propiamente comportamental en cuanto parte componente de una entidad más amplia, sólo puede ser comprendida y analizada dentro de un contexto general, dentro de una unidad conductual, incluida esta última en una realidad social. El estímulo y el refuerzo son ciertamente mecanismos de considerable importancia en el proceso de aparición y mantenimiento de cualquier conducta, pero ni uno ni otro acaparan la inmensa gama de posibilidades intervinientes en el hecho comportamental lingüístico.

La conducta lingüística tiene que ver, según el enfoque conductista, con meros aspectos fonéticos, pasando por alto lo que está más allá de la mera emisión de vocablos, por lo que éstos conllevan de carga significativa que va adquiriendo niveles conductuales diferentes en función, no tanto ni tan sólo del refuerzo, cuanto del contexto general en que se enmarque su emisión.

Un segundo enfoque ha sido especialmente característico de la Psicología Social para quien el lenguaje es sólo un mero instrumento de comunicación, de transmisión de información y de contacto interpersonal. Se hace especialmente hincapié en aquéllas para lo que sirve el len-

guaje, sin caer en la cuenta de que, además de servir como vía de comunicación (3), posee una realidad ontológica propia: es conducta, cumpliendo, de paso, funciones comunicativas, informativas e interactivas.

Un intento de acercamiento entre la Lingüística y la Psicología, un tercer intento de enfocar psicológicamente los fenómenos lingüísticos, se da con el nacimiento de una disciplina que, al menos nominalmente, abarca las dos: la Psico-lingüística. Sus primeros impulsos proceden de un neoconductista Miller (1951) y alcanzó su madurez con Carroll (1953), Brown y Lenneberg (1954), Lenneberg (1953), Brown (1956 y 1958).

«La Psicolingüística trata directamente de los procesos de codificación y decodificación en cuanto que relacionan estados de mensajes con estados de comunicantes.» (Osgood y Sebeok, 1974, p. 13).

El objetivo principal de esta disciplina es el estudio del proceso comunicativo (Miller, 1951) entendido como una elaboración cognitiva (Brown y Lenneberg, 1954) de la emisión (codificación) o recepción (decodificación) de un mensaje, en dependencia de las características personales del emisor y del receptor.

Mención y capítulo aparte merece el estudio de la adquisición del lenguaje. Habida cuenta de que se trata de un somero repaso de los enfoques a que ha estado sujeto el estudio del lenguaje, no creemos conveniente el detenernos demasiado en este tema. Sin embargo, por su categoría y posteriores influencias, se hace de alguna manera obligada la mención de la polémica entre J. Piaget y L. Wygotski en relación con la adquisición del lenguaje por parte del niño.

Para Piaget, el lenguaje entra en la escena evolutiva del individuo en la fase preoperacional de la mano de la función cognitiva y simbólica. En su «Formation du symbole chez l'enfant» (1945) investiga Piaget las relaciones entre lo cognitivo y lo lingüístico, sosteniendo la tesis de la primacía de lo cognitivo y la subordinación del lenguaje al pensamiento.

La aparición del lenguaje se fundamenta en la emergencia de la actividad simbólica o representativa. La conducta lingüística del niño en esta etapa tiene como característica esencial la de su egocentrismo. El niño habla para sí, sin tener en cuenta al interlocutor hacia el cual no siente necesidad alguna de dirigirse. En este sentido, el lenguaje del niño tiene muy poco de social, de comunicativo, de compartido.

Las investigaciones llevadas a cabo por Wygotsky (1969), en torno a las relaciones entre pensamiento y lenguaje, le dieron pie a criticar el concepto y la misma existencia del lenguaje egocéntrico en los siguientes términos: «El mismo Piaget ha demostrado, sin ser consciente de ello, de qué manera el lenguaje externo se convierte en interno desde el momento en que demuestra que el lenguaje egocéntrico, según sus funciones psicológicas, es un lenguaje interno y, según su naturaleza fisiológica, externo... el lenguaje egocéntrico es la forma de transición del lenguaje externo al interno» (Wygotsky, 1969, p. 43), no desaparece en el transcurso evolutivo del individuo, ni tiene sus raíces en su egocentrismo, sino precisamente todo lo contrario: el lenguaje del niño es esencialmente social, porque social es su fuente y su finalidad.

El estudio de los enfoques y perspectivas desde los cuales se ha analizado el lenguaje (4) nos ha mostrado con cierta clarividencia los siguientes hechos:

1. Existe, en la mayoría de las teorías que tienen por objeto la producción lingüística en cualesquiera de sus manifestaciones, un reduccionismo de perspectivas al considerarlo como un mero condicionamiento operante, como un simple mecanismo de comunicación, o como la producción mecánica de fonemas, palabras y locuciones.

2. Se nota, por otra parte, un afán inusitado por buscarle al lenguaje causalidades y dependencias, de ir tras unas leyes que supuestamente guien, de manera universal e inequívoca, sus manifestaciones y en base a las cuales pueda ser perfectamente predicho y controlado tal fenómeno.

3. La noción de conducta lingüística que nos ha dado la Psicología ha sido, en la mayoría de los casos, una concepción secundaria, dependiente y atomizada.

4. Se echa de menos un análisis serio y concienzudo del lenguaje como una de las formas de comportamiento más típicamente humanas y como la más típicamente social.

Desde un principio se cometió el error de dividir la realidad comportamental en lingüística y en social. La hegemonía de ésta estuvo acompañada de la minusvaloración conductual de la primera. Por otra parte, la distinción de Saussure entre «langue» y «parole» parece que ha conducido a la separación de los fenómenos lingüísti-

cos de la psicología individual (Moscovici, 1967), contribuyendo asimismo a la no consideración del lenguaje como una manifestación conductual y, por ende, como posible objeto de estudio psicológico.

Falta un intento serio de enfrentarse al estudio del lenguaje como fenómeno conductual, y dicho intento debe provenir de la disciplina que se ocupa del comportamiento humano. «Falta un intento serio de analizar el ensamblamiento y las relaciones existentes entre lenguaje, cultura y estructura social. Este intento sería uno de los más importantes quehaceres de la Sociología, Antropología y Psicología Social.» (Luckmann, 1969, p. 1051).

Existe una laguna entre Sociología, Psicología, Lingüística y Sociolingüística, de cuyo relleno debe ser únicamente responsable la Psicología Social. Un número considerable de manifestaciones comportamentales (Psicología) de orden meramente verbal (Lingüística) íntimamente vinculadas a elementos de la estructura social (Sociología) carecen realmente de un cuerpo de conceptos teóricos y de unas estrategias metodológicas de investigación que hagan posible su explicación adecuada, consistente y profunda (5).

La consideración conceptual de las manifestaciones lingüísticas, no ya como una mera función y consecuencia de contingencias de refuerzo (Skinner, 1957) no sólo como fruto de la capacidad generativa de sentencias que posee el individuo (Chomsky, 1965), no únicamente como dependiente de los centros cerebrales de emisión verbal (Lenneberg, 1974), sino, y muy especialmente, en íntima relación con factores de orden sociocultural, interpersonal, espacio-temporal y personal.

La Psicología Social que tiene por objeto el estudio de las diversas reacciones conductuales a los estímulos sociales y el análisis de sus vinculaciones e interdependencias, ha olvidado en su repertorio al lenguaje como la más característica de cuantas conductas serían de su incumbencia, haciendo de él un mero instrumento de transmisión informativa.

Moscovici, 1972, se queja de que, en efecto, no existe un campo disciplinario denominado Psicología Social del lenguaje, ya que los lingüistas no están interesados en los aspectos psíquicos de las manifestaciones lingüísticas, ni los psicólogos sociales en lo que concierne a los aspectos lingüísticos del comportamiento social, es decir, en la conducta lingüística como conducta social, en lo que de conductual tienen las manifestaciones

verbales. Estas deberían ser objeto de una disciplina en el contexto de la Psicología entroncada con la Psicología Social, si atendemos a la naturaleza y origen social del lenguaje y a la definición de Psicología Social como la disciplina que se ocupa de los fenómenos de influencia social (Aronson, 1975, p. 21), del estudio científico de la conducta individual en lo que dicha conducta tiene de influencia grupal (Sargent y Williams, 1966, p. 8), o como el estudio de la influencia del grupo en la conducta individual (Lindesmith y Strauss, 1968, p. 85). 1968, p. 85).

Por lo que a su origen social respecta, «la concepción del lenguaje como fenómeno social es antigua. Pocos han dudado en suscribir la fuerza unitiva o disociadora del lenguaje, su virtualidad como elemento decisivo de comunicación y diferenciación, de integración o de separación social. Toda reunión de individuos ha necesitado hasta hoy de un lenguaje para convivir, trabajar y mantener una interdependencia. Cualquier actividad en común impone o presupone una unidad de lenguaje. Lo que quiere decir: todos los grupos poseen, en diversos grados, una individualidad lingüística. (Ninyoles, 1978, p. 10)».

El hecho de que la «langua», en función de la cual existen las diversas «paroles», no sea posesión de un solo individuo, sino un hecho y una realidad compartida, le concede a este fenómeno una naturaleza eminentemente social, de manera que hablar no es sinónimo de producir sonidos, sino de ejercitar una determinada forma de praxis social. Las palabras de uno de los grandes filósofos del lenguaje vienen como anillo al dedo a estas elucidaciones nuestras sobre la realidad conductual del lenguaje: «...in which to say something is to do something, or in which by saying something we are doing something» (Austin, 1962, p. 12), y esta acción, podemos añadir, es, por definición, social, característica ésta que va implícita en el mismo concepto de lenguaje.

Tan absurda sería una concepción del lenguaje privada de la intersubjetividad (viene a decirnos Rommetweit, 1976) como la noción de caída privada de la de campo de gravedad.

La intersubjetividad (objeto por excelencia de la Psicología Social) es esencialmente lingüística y base de los procesos de influencia social.

Pese a todo, el estudio del lenguaje desde perspectivas sociocomportamentales, no ha tenido todo el eco que hubiera sido de desear en los quehaceres y preocupacio-

nes de la Psicología Social. Moscovici (1966, 1970, 1972), Carswell y Rommetweit (1972), Rommetweit (1976), Giles y St. Clair (1979), son quienes, principalmente, se han ocupado de poner las bases de lo que, en un futuro no muy lejano debiera llamarse «Psicosociolingüística», aunque, en la mayoría de los casos, se trate únicamente de simples trabajos aproximativos al problema.

Todo lo demás relacionado con el lenguaje en la Psicología Social se reduce al análisis de los procesos de comunicación en el que los fenómenos lingüísticos son relegados a un estatus secundario y dependiente y considerados como meros mecanismos y canales de transmisión informativa (6).

«El lenguaje y la conducta asociada a él son sistemáticamente olvidados en la Psicología Social. Excepto en algunos raros casos los libros de texto se refieren sólo de pasada la conducta lingüística», Moscovici, 1967, p. 231), y cuando lo hacen, no lo hacen desde un punto de vista conductual propiamente dicho, sino instrumental, de mediación, sin tener en cuenta que «...la comunicación verbal es también un conjunto de conductas que se pueden estudiar con relación a sus autores y a los contextos sociales donde se desarrollen. Es necesario decir que esta idea de una psicología social del lenguaje, aparentemente muy importante, apenas ha llamado la atención hasta ahora.» (Stoetzel, 1970, p. 192).

Sergio Moscovici está realmente convencido de la necesidad de una psicología social del lenguaje cuyo futuro estaría en el estudio de los fenómenos comunicativos, en función de la posición eminentemente central que ocupa este fenómeno desde perspectivas histórico-científicas en dicha disciplina, «históricamente porque por medio de este fenómeno comunicativo ha sido definida la Psicología Social gracias a los trabajos de Lazarsfeld, Howland y Lewin. Científicamente porque la comunicación domina los fenómenos esenciales que rigen el origen y la permanencia de las relaciones sociales.» (Moscovici, 1970, p. 40, en la introducción al libro de D. Jodelet, J. Viet y Ph. Besnard).

La Psicología Social del lenguaje debe girar en torno a la exploración sistemática de sus funciones comunicativas que, si bien han sido suficientemente estudiadas en la psicología social, no han contado con un cuadro conceptual unitario, ni han sido consideradas como fenómenos comportamentales. (Moscovici, 1967, p. 226).

La psicología social, en opinión de Moscovici, está es-

pecialmente interesada en los códigos verbales, en la producción de signos, en las normas que rigen su emisión, en la organización de los mensajes en función de su destino y en su codificación teniendo en cuenta las necesidades del sujeto.

En base a una distinción entre canales de comunicación, definidos por sus características técnicas de funcionamiento, y sistemas de comunicación que abarcan las relaciones entre los individuos y producen un cambio de actividad en sus receptores, lleva a cabo Moscovici un análisis psicosocial del lenguaje atendiendo a las unidades léxicas utilizadas (grado de redundancia) en el transcurso de una interacción verbal y la organización sintáctica (nombres, adjetivos, pronombres, etc.), utilizados.

Estos elementos han de ser analizados teniendo en cuenta unas variables de presión y de distancia. La relación entre las variables independientes, unidas a la estructura lingüística, da lugar a una serie de hipótesis según las cuales las variaciones léxicas, medidas por la redundancia, dependerían del sistema de comunicación, mientras que las variaciones gramaticales serían más bien debidas a los canales.

En concreto las hipótesis que propone Moscovici, (1967, p. 244) se pueden perfectamente reducir a las dos siguientes: la redundancia léxica (el volumen de emisión verbal) tiende a decrecer cuando existe una presión a reducir divergencias de opinión, tiende a aumentar, sin embargo, cuando se hace necesaria la elección de un código común y cuanto mayor es la distancia respecto al referente.

El análisis de diversos trabajos experimentales muestran, Moscovici (1967, p. 253) que las dos dimensiones del sistema de comunicación mencionadas (la presión y la distancia) tienen poderosos efectos sobre la emisión verbal, sobre la redundancia léxica, sobre la conducta lingüística, en una palabra. Así se explica que, según las investigaciones de B. Bernstein, la clase baja posea un código verbal más restringido ya que está sometida a una mayor presión normativa que la clase media.

En la introducción a la Psicología del lenguaje vuelve Moscovici (1972) a repetir su idea básica en torno a la fundamentación de una teoría del lenguaje desde una perspectiva psicosocial, al considerar que únicamente dentro de esta disciplina es donde se puede incluir un estudio riguroso de sus funciones comunicativas, del carácter social de su producción y de la conexión entre la

organización social y las reglas que gobiernan la conducta verbal, ya que «se debe reconocer que los estudios sobre la comunicación no han sido utilizados para la comprensión de la conducta lingüística, no han tenido seriamente en cuenta las cualidades comportamentales del lenguaje» (Moscovici, 1967, p. 228) y, sin embargo, debemos añadir, la Psicología Social está repleta de estudios sobre el repetido tópico de sus canales.

La Psicología Social empero, no ha deparado en considerar el lenguaje en aquello que está por encima de sus funciones comunicativas, y es que éste constituye la conducta social por excelencia.

La conceptualización que del lenguaje hace Moscovici se acerca profundamente a la que fuera típica del conductismo. Lo que en Skinner era «response strength», es redundancia léxica o emisión verbal en Moscovici, que depende de unas contingencias de refuerzo (Skinner) o de la presión y distancia como variables independientes. Para ambos, la conducta verbal viene a quedar reducida a un concepto cuantitativo-mecánico: la cantidad de nombres, adjetivos o pronombres que un determinado sujeto emite en un determinado lapso de tiempo en dependencia de unas variables muy concretas y muy constantes.

El estudio del lenguaje como clave esencial para la comprensión del comportamiento humano debe comenzar por considerarlo como una forma de conducta (Lindesmith y Strauss, 1968, p. 21), lo cual supone su consideración como un hecho interdependiente e interrelacionado con otros factores de orden no-verbal y requieren el concederle un estatus conductual propio sin reducirlo a un mero mecanismo de comunicación, ya que, como anteriormente mencionábamos, no es ni el único, ni el mejor, ni el más utilizado.

El estudio y análisis de la conducta lingüística solamente tiene sentido si lo incluimos de un contexto más amplio del que viene a formar parte integrante. Para esto hemos empleado el término de «realidad social» como el contexto globalizador de las manifestaciones comportamentales en todas y cada una de sus posibles variaciones y combinaciones.

El hecho comunicativo no puede ser estudiado, si quiere ser cabalmente entendido, como un fenómeno aislado. De poco nos sirve, desde perspectivas comportamentales, saber la cantidad de substantivos, adjetivos o frases subordinadas utilizadas en un proceso interactivo cualesquiera si desconozco sus marcos de referencia,

si nada sé de su contexto, de su realidad mediata o inmediata, de los elementos con los que está en interacción.

Desde una perspectiva puramente sociolingüística apunte Del Hymes (1974, p. 52) a este hecho cuando habla de las distintas direcciones que ha ido tomando el estudio del lenguaje y de las constantes que, no obstante los diferentes enfoques, existen entre ellos porque «cada una a su manera considera el lenguaje no sólo como un factor correlativo abstracto de la comunidad, sino como situado dentro de las pautas de los hechos de comunicación y guardando una relación integral con ellos.» En el caso de la Psicología no podemos hablar de una toma de conciencia inversa. El psicólogo sigue analizando el lenguaje (en los pocos casos en que esto realmente ocurre) principalmente como un mecanismo de transmisión informativa, sin detenerse excesivamente en la consideración de las relaciones que dicho fenómeno tiene con otros elementos de su contexto sociocomportamental.

No se ha llegado a una convergencia mínima conceptual que permita, desde las diversas perspectivas, empuñar el estudio del lenguaje desde una opción única, irreversible e innegable: su entidad esencialmente comportamental. La aceptación de este hecho debe ser el punto de partida para cualquier especulación en torno a los hechos lingüísticos.

El enfoque de A. Lindesmith y A. Strauss se encuentra dentro de la más clásica tradición sociológica del Interaccionismo Simbólico. Su Psicología Social es eminentemente sociológica, hecha por sociólogos en servicio y uso de la Sociología. La postura central de ambos autores en relación con la Psicología Social como disciplina que se ocupa de la conducta de los individuos considerados aisladamente (no como miembros de agregados sociales) y en cuanto ocupantes de posiciones dentro de la estructura social, es que el individuo es, ante todo, un manipulador de símbolos, en lo cual radica su diferencia con los animales inferiores. La Psicología Social (Lindesmith y Strauss, 1968, p. 7) debe girar en torno a las capacidades simbólicas del individuo y a las leyes que rigen su puesta en práctica en el proceso interactivo.

Puesto que la conducta social consiste en sucesos, en hechos exteriores, la interpretación y explicación que de ella se haga debe ser única y exclusivamente en términos de proceso, prescindiendo de la estructura en que

tenga lugar. El proceso por excelencia del que se debe ocupar la Psicología Social es, lógicamente, el interactivo-simbólico. En concreto, debería ser de especial interés psicosocial los procesos de estabilidad y cambio, de formación de normas, de conformidad y desviación, en cuanto que todos ellos están, de alguna manera relacionados y teñidos de la problemática general interactiva.

El enfoque sociologista de Lindesmith y Strauss se aleja ciertamente del mecanicismo en que cae Moscovici. Sin embargo no creemos que sea fácilmente divorciable el estudio de la conducta individual de su estudio en situación grupal. Más aún, es en nosotros vieja y profunda la convicción de que a la Psicología Social le debe interesar muy especialmente el estudio del lenguaje precisamente en lo que éste tiene de grupal, de social, de compartido. En realidad lo que Lindesmith y Strauss hacen es un estudio del proceso de interacción simbólica basado en el lenguaje como sistema de símbolos significantes, sin darse excesivamente cuenta de que es precisamente simbólico porque es compartido por una pluralidad de personas.

Presupuestos de una teoría psicosocial del lenguaje

Una teoría psicológico-social de la conducta lingüística se debe basar en los siguientes presupuestos:

1. El lenguaje es comportamental. Las manifestaciones lingüísticas precisamente por ser interactivo-comunicativas, son acciones, realizaciones, manifestaciones, hechos individuales y grupales de carácter conductual (7).

La realidad comportamental del hecho lingüístico no ha tenido el eco deseable en Psicología y cuenta, por el contrario, con excelentes apoyos por parte de la Filosofía del Lenguaje.

- Searle (1969, p. 17) pone de relieve la característica de actividad que posee el lenguaje al considerar que una teoría que lo tenga por objeto debe ser simplemente parte de una teoría de la acción, de una teoría de la conducta y ésto debido a que el lenguaje es una forma de conducta gobernada por una serie de normas y sujeta a las mismas contingencias que cualesquier otra manifestación comportamental.

- Pike (1967, p. 26) considera que el lenguaje no puede ser tratado ni considerado como un hecho separado o divorciado de la actividad general humana, ya que ésta constituye una unidad estructural, un todo que no

puede ser dividido en partes, niveles o compartimentos, del cual, el lenguaje, como elemento comportamental, forma parte integrante.

El fonema (Sapir, 1963, p. 46) su definición y concepción, desde una perspectiva meramente física, no nos da, en absoluto, una imagen de esa su otra y más importante característica psicológico-comportamental. El estudio del fonema sólo tiene sentido si lo incluimos dentro de un sistema total de relaciones. En el lenguaje hay algo que está por encima de sus características y componentes físicos y morfológicos, y es que es comunicativo y comportamental. «Si relacionamos y enumeramos los problemas fundamentales de la Lingüística y de la Psicología como ciencia del comportamiento humano, debemos aprender a ver y considerar el lenguaje como poseedor de ciertas características esenciales y universales aparte de las peculiares de cada uno de ellos, y esa característica esencial es que el lenguaje aparece como un sistema de conducta incluido dentro de la organización general del comportamiento humano.» Sapir, 1921, p. 422). El lenguaje es una acción manifiesta que produce y realiza el individuo en un contexto socio-cultural, interpersonal, situacional y personal concreto que sirve (posee una finalidad, una teleología, una intencionalidad) para transmitir información y entablar o mantener relaciones interpersonales, así como para manifestar las actitudes y la identidad del individuo.

2. Desde una perspectiva psicosocial el lenguaje como manifestación comportamental no es «a fortiori» un fenómeno en continua dependencia de variables independientes, llámense éstas refuerzos, (Skinner, Salzinger), clase social (Bernstein, Lawton, Oevermann, Roeder, Cook-Gumperz, etc...), estatus o poder (Howell y Vetter), familiaridad (Riesenberg y Horton), etc. Tampoco defendemos, al modo y manera del determinismo lingüístico, que sea el lenguaje el que cree la realidad, el pensamiento y la visión del mundo, sino que, habida cuenta de que los fenómenos lingüísticos forman parte integrante de una realidad comportamental más amplia y ésta, a su vez, es un elemento integrante de la realidad social, debe ser considerado en interdependencia e interrelación con los demás elementos del hecho comportamental y de la realidad social en que se incluye.

La realidad social (llámese cultural, familiar, profesional, etc.) dentro de la cual se incluye el lenguaje, guarda con este unas relaciones de auténtica complementari-

dad e interdependencia, sin que sepamos de una ley o norma general en base a la cual (según se ha supuesto con demasiada frecuencia) las manifestaciones lingüísticas dependan unívocamente de alguno o algunos componentes de dicha realidad. Realidad social y lenguaje (como tendremos oportunidad de ver) van íntimamente unidos, no en función de su dependencia, sino de su convergencia en la formación de una entidad sociolingüística coherente con los objetos y realidades propias.

3. Toda manifestación comportamental, sea de origen lingüístico o no-lingüístico, sólo adquiere un significado pleno incluida dentro de una realidad social. El estudio psicosocial del lenguaje tiene como marco de referencia el mundo social en que se ha originado y desarrollado y dentro del cual se manifiesta.

La Psicología Social debiera prescindir del estudio aislado de las manifestaciones lingüísticas, objeto, por otra parte de disciplinas con tanta solera científica como la Lingüística, Semántica, Fonética, etc. Dada por supuesto su entidad física y morfológica, nos preocupa eminentemente su consideración conjunta e interdependiente desde la perspectiva psicológico-social. Más en concreto nos interesa como la conducta más esencial y típicamente psicosocial.

Permítasenos a este respecto la mención textual del gran maestro Leon Weisgerber en relación con las ideas anteriormente mencionadas: «Realmente no nos queda otro remedio que partir de la unión y relación entre lenguaje y realidad vital y adaptar nuestras investigaciones a dicha relación. La principal pregunta es si esta relación debe ser entendida como una relación dependiente, como una relación de consecuencias, o realmente existe una interdependencia, una mutua influencia («keine Wechselwirkung»). También aquí las respuestas son obvias: nadie considerará que la vida («das Leben») es una simple repercusión del lenguaje, pero tampoco nadie defenderá que el lenguaje es una simple consecuencia de la experiencia. El lenguaje no es ni causa ni efecto, sino parte poderosa de esa experiencia vital, y sólo puede ser comprendido en todas sus dimensiones, en todas sus manifestaciones si lo investigamos en sus relaciones e interdependencias con los demás aspectos y partes de la experiencia vital (in ihren Wechselwirkungen mit allen Bereichen des Lebens). (Weisgerber, 1958, p. 86)».

Creo que merece la pena la casi mención completa de la idea de Weisgerber para poder lamentarnos de la poca repercusión que ha tenido en los teóricos y experimentadores del lenguaje.

Dado el carácter diacrónico que tiene el término «Leben» empleado por Weisgerber y debido principalmente a su difícil captación operativa, preferimos denominarlo de manera sincrónica resumido en ese concepto que nos viene siendo familiar desde las primeras líneas de este trabajo y que hemos denominado «realidad social», entendido como el contexto sociológico en el que se incluye y desarrolla nuestra existencia psico-personal e inter-personal.

La realidad social se refiere, en consecuencia, al acervo de experiencias y vivencias interactivas que posee el individuo en función de los siguientes factores:

1. Elemento geográfico y socio-cultural que incluye al individuo dentro de una determinada sociedad y cultura y delimita, caracteriza y moldea toda la actividad experiencial del sujeto, enmarcándolo en un contexto vital muy concreto. Nuestra visión, contacto y experiencia de la realidad física y social queda definida y enmarcada, en un principio, por nuestra pertenencia a una determinada comunidad cultural. EL mundo cotidiano del individuo está demarcado, en principio, por una sociocultura.

2. Elemento posicional ocupado dentro del espectro cultural que puede ser sinónimo de estatus en cuanto que a cada estatus a cada posición van asociados un conjunto de poderes diferenciales que son la causa de una divergencia y diferencia en los niveles experimentales.

Cada individuo ocupa un lugar específico, se sitúa en la vida de una manera determinada, en una posición y perspectiva muy concreta. Existe un modo de estar en el mundo, un lugar, un sitio, una perspectiva desde la que se divisa un acervo de experiencias consecuentes que se van a resumir en lo que Alfred Schutz denomina la «situación biográfica». «En cualquier momento de su vida diaria, el hombre se encuentra en una situación biográficamente determinada, vale decir, en un medio físico y sociocultural que él define y dentro del cual ocupa una posición, no sólo en términos de espacio físico y tiempo exterior, o de su estatus y de su rol dentro del sistema

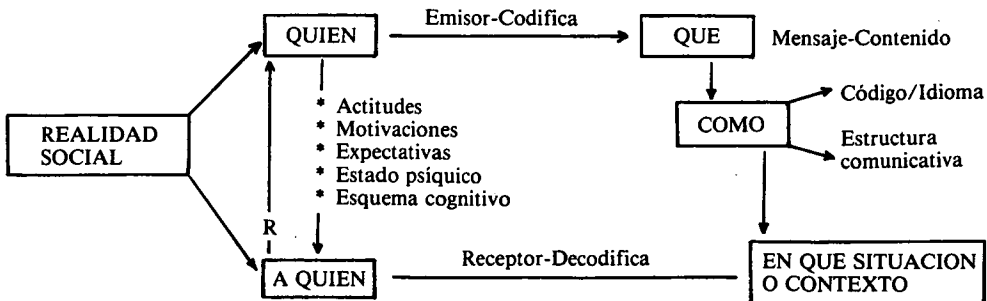
social, sino también una posición moral e ideológica.» (Schutz, 1974, p. 40). Queremos hacer especial hincapié en el aspecto de vivencia y experiencia por cuanto que ésto es lo que realmente posee carácter psicológico y consecuencias comportamentales.

3. Elemento interactivo, entendido como el mundo y ambiente usual, como el escenario, el «locus» de nuestra vida interactiva (el ghetto, el barrio, la vecindad, el pueblo, etc.), es decir, el conjunto de individuos que comparten nuestra misma realidad cultural y subcultural y con los que estamos en continua interacción en base a una homogeneidad o complementaridad de «situaciones biográficas», aquéllos que componen nuestro «rol set» interactivo ordinario.

La realidad social es creada lingüísticamente por los individuos que la comparten, ya que si, a decir de Max Weber, ésta tiene como su característica esencial la de su intersubjetividad, ésto se debe a que es conjuntamente experimentada, vivida y lingüísticamente compartida. Es precisamente el lenguaje el que concede a la realidad social, no sólo su característica principal, sino su misma realidad.

En pocas palabras, podemos decir con Rommeweit, 1976, p. 201, que «la intersubjetividad es genuinamente lingüística», y se basa esencialmente en la co-habitación de una misma realidad y en la co-participación de sus experiencias, ya que «este mundo no es mi mundo privado, sino un mundo intersubjetivo y mi conocimiento de él no es asunto mío privado, sino intersubjetivo o socializado desde el principio» (Schutz, 1974, p. 41), un mundo y una realidad tipificada (por compartida) por medio del «vocabulario y la sintaxis del lenguaje cotidiano. (Schutz, 1974, p. 44).

Una teoría psicosocial del lenguaje, una Psicopsicología, tendría como finalidad el estudio de la jerga de la vida cotidiana tipificada y generalizada, ligada a elementos conductuales de orden general e incluida en un contexto de realidad social.



Esto serían, desde una perspectiva psicossocial, los elementos que enmarcan y vertebran la actividad general humana y muy especialmente, la lingüística. El estudio y análisis que de cualesquiera de ellos se haga tendría que tener muy en cuenta las relaciones de interconexión e interdependencia que entre ellos existen.

En resumen, una psicología social del lenguaje ha de tener presente:

1. Que las manifestaciones lingüística, al formar parte de la actividad general humana y ser una de sus formas específicas, posee una entidad comportamental. Nos comportamos sociolingüísticamente.
2. Que la actividad lingüística, aún teniendo una entidad autónoma, raramente se manifiesta de forma aislada, más aún, podemos asegurar que el lenguaje comparece siempre en la escena interactivo-comportamental de la mano de elementos y aspectos

no-lingüísticos de la actividad general humana, con la cual guarda muy profunda y estrechas relaciones de interdependencia.

3. Que, en sus relaciones de dependencia o interconexión con otras variables, el lenguaje se nos presenta como un elemento comportamental multivariado, multidependiente y multiconexionado. De ahí nuestra suspicacia respecto a aquellas teorías que han hecho del lenguaje una variable dependiente «a fortiori» de unas condiciones homogéneas, constantes y estáticas (8).
4. Que la actividad general humana está incluida en un contexto sociocultural, subcultural e interactivo, en un mundo y realidad social de la que forma parte integrante y de la que no puede ser desligada a la hora de su estudio, análisis o medición, ya que su entidad y significado será tan diferente cuan diferente sea el marco en que se incluya.

Referencias

- ADAMS, S. y POWERS, F.: «The psychology of language». *Psychological Bulletin*, 1929, 26, 241-260.
- ARONSON, E.: *Introducción a la Psicología Social*. Alianza, Madrid, 1975.
- AUSTIN, J.: *How to do Things with Words*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1962.
- BLEGER, J.: *Psicología de la conducta*. Paidós, B.A., 1977.
- BROWN, R.: «Language and Categories». En: J. Bruner, J. Goodnow y G. Austin, eds.: *A Study of Thinking*. Wiley, N. Y., 1956.
- BROWN, R.: *Words and Things*. The Free Press, N. Y., 1958.
- BROWN, R. y LENNEBERG, E.: «A Study in Language and Cognition». *Journal of Abnormal and Social Psychol.*, 1954, 49, 454-362.
- CARROL, J.: *The Study of Language*. Harvard University Press, Cambridge, Mass., 1953.
- CARSWELL, E. y R. ROMMETWEIT, (Eds.): *Social context of messages*. Academic Press, N. Y., 1972.
- CHOMSKY, N.: «Verbal behavior by B. F. Skinner. A Review». *Language*, 1959, 35, 25-58.
- DELL HYMES: «Hacia etnografías de la comunicación». En: P. Garvin y Y. Sastre, eds.: *Estudios de Etnolingüística y Sociolingüística*. UNAM, México, 1974.
- GILES, H. y R. ST. CLAIR, (Eds.): *Language and Social Psychology*. Basil Blackwell, Londres, 1979.
- JODELET, D., VIET, J. y BESNARD, Ph.: *La Psychologie Sociale. Une discipline en mouvement*. Mouton, La Haya, 1970.
- JOHNSON, W.: «Studies in language behavior» *Psychological Monographs*, 1944, 56, 1-110.
- LENNEBERG, E.: «Cognition in ethnolinguistics» *Language*, 1953, 29, 463-471.
- LINDESMITH, A. y STRAUSS, A.: *Social Psychology*. 3.ª ed. Holt, Rinehart and Winston, N.Y., 1968.
- LUCKMANN, Th.: «Soziologie der Sprache.» En: R. König, ed.: *Handbuch der empirischen Sozialforschung*. Tomo II. Stuttgart, 1969.
- MILLER, G.: *Language and Communication*. McGraw-Hill, N.Y., 1951.
- MOSCOVICI, S.: «Communication process and the properties of Language.» En: *Advances in Experimental Social Psychology*, 1967, 3, 225-270.
- MOSCOVICI, S.: *The Psychosociology of Language*. Markham Publishing Co., Chicago, 1972.
- MOSCOVICI, S. y FAUCHEUX, C.: «Contribution à une Psycho-Sociologie du Langage.» Ponencia presentada en el Congreso Internacional de Psicología en Moscú 1966, Vol. XVII, 15-27.
- NINYOLES, R.: *Idioma y poder social*. Tecnos, Madrid 1972.
- PIKE, K.: *Language in relation to a unified theory of the structure of human behavior*. Mouton, La Haya, 1967.
- POWERS, F.: «Psychology of language learning» *Psychological Bulletin*, 1929, 26, 261-274.
- ROBINS, R.: «Malinowski, Firth and the Context of Situation.» En: E. Ardener, ed.: *Social Anthropology of Language*. Tavistock Publications, N.Y. 1969.

- ROMMETWEIT, R.: «On Architecture of Intersubjectivity.» En: L.I. Strickland, F. Aboud y K. Gergen, eds.: *Social Psychology in Transition*. Plenum Press, N.Y., 1976.
- SALZINGER, K.: «Experimental Manipulation of verbal behavior.» *Journal of Experimental Psychology*, 1959, 61, 65-94.
- SALZINGER, K. y SALZINGER, S., eds.: *Research in Verbal Behavior and Some Neurophysiological Implications*. Academic Press, N.Y. 1967.
- SAPIR, E.: *Language*: Harcourt, Brace and World, N.Y. 1921. (Versión castellana: El lenguaje. F.C.E. México, 1971).
- SAPIR, E.-MANDELBAUM, D. ed.: *Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality*. University of California Press, Los Angeles, 1963.
- SARGENT, G. y WILLIAMS, R.: *Social Psychology*. Ronald Press, N.Y., 3ª ed., 1966
- SCHUTZ, A.: *El problema de la realidad social*. Amorrortu, B. A., 1974.
- SCHWAYDER, D.: *The stratification of behavior*. Humanities Press, N.Y. 1965.
- SEARLE, J.: *Speech Acts. An Essay in the Philosophy of Language*. Cambridge University Press, Cambridge, Mass., 1969.
- SKINNER, B. F.: *Verbal Behavior*. Appleton-Century-Crofts, N.Y. 1957.
- STOETZEL, J.: *Psicología Social*. Marfil, Alcoy 1970, 4.ª ed.
- WEISGERBER, L.: *Verschiebungen in der sprachlichen Einschätzungen von Menschen und Sachen*. Westdeutscher Verlag, Colonia, 1958.
- WUNDERLICH, D.: «Zum Status der Soziolinguistik». En: W. Klein y D. Wunderlich, eds.: *Aspekte der Soziolinguistik*. Fischer Athenäum, Frankfurt am Main, 1972.
- WYGOTSKI, L.: *Denken und Sprechen*. Rowohlt Taschenbuch, Frankfurt am Main, 1969. (Versión castellana: Pensamiento y Lenguaje. Comentarios críticos a Jean Piaget. La Pléyade, B.A. 1973).

Notas

(1) *La lingüística ha venido haciendo especialmente hincapié en la naturaleza física (fonética, etimológica, gramatical) del hecho lingüístico.*

Las relaciones entre la Antropología Social y la Lingüística tienen su origen en la consideración que del lenguaje hiciera el gran Edward Sapir considerándolo como un sistema de signos reales con entidad propia. Cuando Malinowski observa que los sistemas lingüísticos primitivos están estrechamente ligados a su contexto que, fuera de él, no poseen sentido ni significación alguna, resultando su entendimiento y comprensión prácticamente invariable, está corroborando empíricamente el presupuesto teórico de Sapir y poniendo los cimientos de toda una corriente teórica («Context of Situation») que, encabezada por el mismo Malinowski y seguida por antropólogos de la talla de Firth, ha tenido plena vigencia hasta bien entrados los años sesenta, de cuyo origen, desarrollo y aportaciones más importantes da buena cuenta R. ROBINS 1969.

El lenguaje, que había sido considerado por la Filosofía como uno de sus más importantes instrumentos de trabajo, se convierte, bien entrado el siglo veinte, en su mismo objeto. La «Escuela de Cassirer», el «Wiener Kreis», y la escuela del «Conceptual Analysis» son las corrientes filosóficas más representativas en este terreno. De todas ellas ha sido el «Análisis Conceptual» representado por hombres de la categoría de L. Wittgenstein, G. Ryle y F. Waimann entre otros, el que más se ha acercado a una teoría ídolo del lenguaje al hacer objeto de sus preocupaciones las manifestaciones vulgares que diaria y corrientemente usa el hombre de la calle en su vida interactiva cotidiana. El lenguaje normal con todas sus sutilezas, empleos, acepciones y manifestaciones, es realmente lo único que merece la pena ser estudiado no ya como filósofo, sino como un simple conocedor y usuario de una competencia lingüística determinada.

Por lo que respecta a la Sociolingüística «no se trata de una teoría lingüística («Sintaxis-Fonología»), sino de una teoría de la acción lingüística («Sprachhandlungstheorie»), en la que las manifestaciones lingüísticas sean consideradas no sólo en relación con entidades no-lingüísticas, sino como un todo que presupone un contexto de actividad al mismo tiempo que es capaz de modificarlo.» (D. WUNDERLICH, 1973).

(2) *La obra de Skinner es, sin lugar a dudas, el exponente máximo y más representativo del enfoque que el conductismo ha dado al estudio de la conducta verbal. «Ciertamente el libro de Skinner es el primer intento de incorporar los aspectos más importantes de la conducta verbal a una teoría conductista».* (N. CHOMSKY 1959, p. 2).

(3) *Si bien no podemos negar la realidad comunicativa del lenguaje, a estas alturas del desarrollo de la Psicología Social, se puede decir que éste no es ni el único ni el mejor mecanismo de comunicación según lo han venido patentemente demostrando los teóricos e investigadores de la comunicación no verbal, M. Argyle, P. Ekman, A. Birdwhistell, L. Schefflen, A. Mehrabian, etc., etc.*

(4) *Un estudio más detallado es el ofrecido en: A. BLANCO: «Análisis psicosocial de la conducta lingüística en el contexto migratorio». Tesis Doctoral. Universidad Complutense. Facultad de Psicología. Madrid (1979).*

(5) «If we are going to understand why individuals acquire, use and react to language and its varieties in the way they do, we require a greater understanding of the dynamics of attitudes, motivations, identities and intentions, that is, social psychological phenomena.» (H. GILES y ST. CLAIR 1979, p. 3).

(6) Véase como muestra los titulares de los capítulos dedicados al lenguaje en algunos manuales de Psicología Social: «Lenguaje y Comunicación», en D. Krech: *Psicología Social*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1966. «Comunicación: el lenguaje» en: H. Lindgren: *Introducción a la Psicología Social*, Tecnos, Madrid 1973. «La Comunicación», en: Ph. Lersch: *Psicología Social*, Scientia, Barna, 1962. «Las comunicaciones: sus redes y vicisitudes» en: Maisonneuve: *Introducción a la Psicología Social*, Morata, Madrid, 1974. «Lenguaje y comunicación social» en: H. Hollander: *Principios y métodos en la Psicología Social*, Amorrortu, B. A., 1968. «Language and Communication» en: D. Schneider: *Social Psychology*, Addison Wesley Pub., N. Y., 1976. «La communication» en: R. Dacal: *Traité de Psychologie Sociale*, P.U.F., Paris 1970. «Man and his Words», en: M. Sherif y C. Sherif: *Social Psychology*, Harper and Row, N. Y., 1967. «Communication Structure», en: H. Raven y J. Rubin: *Social Psychology: people in groups*, John Wiley and Sons Inc., N. Y., 1976. «Communication verbal: el lenguaje», en: G. Pastor: *Conducta interpersonal*, Ensayo de Psicología Social Sistemática, Univ. Pontificia de Salamanca, 1978. *La psicología social alemana bastante alejada del modelo americano, no ha sido tan explícita en la relación concluyente lenguaje-comunicación*. En el «Handbuch der Psychologie» en los dos tomos dedicados a la *Psicología Social* (que constituyen la obra cumbre de la *Psicología Social alemana*) Th. Hermann y H. Stäcker dedican todo un capítulo a las aportaciones del lenguaje a la *Psicología Social* («Sprachpsychologische Beiträge zur Socialpsychologie») y F. Graumann a la interacción y comunicación pero sin caer en el tópico reduccionista del lenguaje como mecanismo de comunicación.

(7) El término de conducta posee unas características de externalidad, visibilidad, observabilidad (según la concepción más watsoniana del término) y, sobre todo, las de actividad y realización. Conducta es lo que un individuo «hace» en contraposición con lo que «sufre», «una secuencia de movimientos específicos basada en la experiencia que realiza un animal determinado en una basada en la experiencia que realiza un animal determinado en una secuencia de tiempo» (D. SCHWYDER, 1965, p. 21), un hecho que, si bien posee una pluralidad fenoménica, una diversidad de manifestaciones externas, dicha pluralidad y diversidad «tienen su unidad en el fenómeno de la conducta misma, en el funcionamiento altamente perfeccionado del sistema nervioso central, y en el ser humano considerado siempre como persona en cada una de sus manifestaciones y vinculado en su condición humana al medio social.» (J. BLEGER, 1977, p. 32).

(8) «...language is not a homogeneous, static system. It is multichannelled, multivariable and capable of vast modifications from context to context by the speaker, slight differences of which are often detected by listeners and afforded social significance.» (H. GILES y R. ST. CLAIR, 1979, p. 17).